

léjos de irritarse contra ellos, no los podrá mirar sino con lástima. Quisiera, padre, le dije yo, oiros algunas de estas causas. Y él me respondió: Lo haré con mucho gusto; pero como hoy es el primer día de vuestra convalescencia, y que todavía necesitais de reposo, lo dejaremos para mañana; y yo tambien lo dejo aquí, Teodoro, para continuar mi historia en la primera que te escriba. A Dios por hoy, amigo mio.

CARTA IV.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO mio: difícil me será referirte todo lo que el padre me dijo al otro día: temo haber olvidado mucho, y lo que mas me aflige es que me es imposible repetirte sus discursos con aquella uncion modesta, y con aquel apacible tono de conviccion con que me los decia: así no esperes mas que un cadáver de lo que para mí estaba lleno de hermosura y de vida.

El padre dijo: El primer principio de que nace la incredulidad consiste en las pasiones de los hombres. La religion cristiana al mismo tiempo que somete al entendimiento, pretende reformar

el corazon; no solo nos propone la creencia de misterios profundos, sino tambien la práctica de obligaciones penosas. El moral del Evangelio se reduce á reprimir el orgullo, la sensualidad, el amor de las criaturas por sí mismas, á no desear mas que los bienes invisibles, á no aspirar mas que á Dios, á no vivir ni hacer nada sino por contribuir á su gloria.

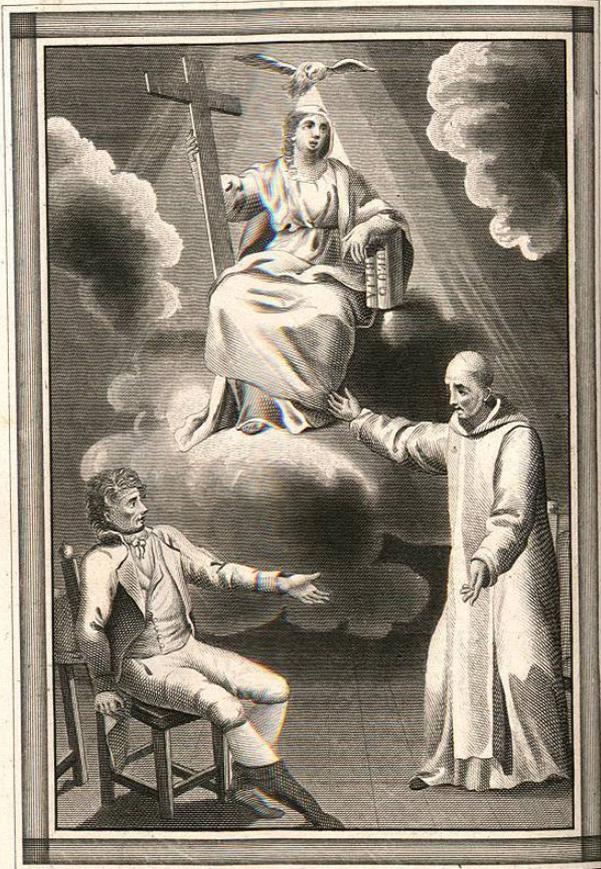
Este es el compendio de sus máximas; y si Jesucristo es Dios, si su palabra es verdadera, no hay remedio, es menester sujetarse á estas leyes, ó incurrir en las penas espantosas con que amenaza á los transgresores. Discurred ahora, señor, con qué ojos pueden ver esta alternativa unos hombres, que dominados por el orgullo, y devorados por la ambicion, no conocen otra felicidad que la de los sentidos: concebid cuán activo es el interes que tienen en rechazar una religion que les estorba, ó les emponzoña todos sus placeres; y teniendo ellos tanto interes en hallarla falsa, ¿quién puede admirarse se lo persuadan así con facilidad?

La mayor parte de los hombres hallan en su ingenio recursos que los engañan, cuando sus pasiones impiden atender á la verdad. Las ideas que lisonjean nuestras inclinaciones, nos dejan impresiones mas fuertes que las que nos desagradan; y esta depravacion que nace con nosotros, y nos sigue á pesar nuestro toda la vida, nos arras-

tra á grandes extravíos. Para juzgar de un objeto sanamente, es menester considerarle por todos sus aspectos, comparar todas sus calidades: por eso juzgamos mal tantas veces; y es que desde que el hombre se preocupa de lo que le agrada, ya no mira el objeto sino por aquel lado que le gusta, ya no se aplica sino á desenvolver, apreciar y añadir todo el valor que puede á lo que lisonjea aquel gusto; le sería áspero y duro detenerse á considerar lo que pudiera quitarle esta dulce ilusion.

De aquí nacen estas distracciones, estos olvidos voluntarios y tantas ignorancias afectadas de lo que pudiera encaminarlos á la verdad. Y si esta verdad, que para penetrarla necesita un exámen serio y desinteresado, arroja por acaso en un momento de serenidad un rayo de su luz, este resplandor es débil, y no basta para iluminarnos; suele bastar, sí, para turbarnos; pero el deseo del reposo nos hace buscar al instante ideas mas dulces que le disipan, y volvemos á quedar en el error.

Por eso cada pasion tiene sus opiniones propias. El sensual mira sus placeres como una ley de la naturaleza, que sería injusto acusar de delito: el ambicioso estima su deseo de elevarse, como carácter propio de las grandes almas, como un fuego capaz de inflamar á los grandes talentos, para ilustrar los pueblos y engrandecer los estados. El lujo que confunde las condiciones, corrompe



*Tratado de la Religion Christiana y su
Divinidad, por toda la Carta IV y sig.^{tes}*

las costumbres, y que pasando sus justos límites, prepara con su falso resplandor la decadencia de los reinos, no parece á los políticos errados, sino medio de circular rápidamente las riquezas, y dar perfeccion á las artes.

Este es el principio por que el mundo tiene un estilo tan contrario al de la verdad, y es que siempre se conforma con la opinion que le sugieren sus pasiones. Cada cual tiene la suya; y si cada una puede obscurecer la verdad que la es contraria, ¿qué fuerza no tendrán todas las pasiones reunidas contra una religion inexorable que á ninguna da acogida?

Y esta es la verdadera causa porque los incrédulos serán siempre malos jueces en materia de religion. Y si no decidme: ¿Por qué las leyes recusan por jueces á los que tienen relacion con alguna de las partes? Porque saben que los hombres de ordinario juzgan mas con el corazon que con el entendimiento, que para juzgar bien es menester juzgar sin interes, que cuando el entendimiento está apasionado, no hace otra cosa que buscar arbitrios para dar mas color á sus errores. Ahora apliquemos estos principios: los incrédulos aborrecen la religion: sus pasiones les inspiran este odio, desean con ardor que sus promesas sean vanas, para que sus amenazas sean fabulosas; por consiguiente no pueden ser buenos jueces; el odio desacredita su juicio. Quiero supo-

nerles las luces mas extendidas, los mayores talentos; con esto serán enemigos mas peligrosos, pero no mejores jueces, ni mas competentes.

Examinemos ahora cómo ó por qué los mas se hacen incrédulos. Todos nacemos con las reglas de la ley natural grabadas en el corazon: el Criador imprime hasta en el impío esta divina luz; y despues habiendo sido educado en la creencia de la religion, se le dió una grande idea de Dios, de sus misterios sublimes, de su admirable moral tan conforme á la miseria del hombre y tan necesaria para su felicidad; él recibió en su niñez esta fe, que debia respetar despues por tantos títulos; adoró sus santas y misteriosas obscuridades, siguió sus ritos, se sujetó á sus leyes, temió sus castigos, y esperó sus recompensas. ¿Por qué, pues, ha mudado? ¿De donde viene esta espantosa y total revolucion que se ha hecho en sus pensamientos? ¿Por qué todos esos oráculos que ahora poco le parecian descendidos del cielo, no le parecen ya mas que fábulas inventadas por la política ó por la supersticion de los hombres?

Se me dirá que su sumision no fué fruto de sus reflexiones: yo lo creo, y confieso que en la edad adulta debe aspirar á una fe mas ilustrada; pero tambien es claro que siendo este el punto de que depende su felicidad ó su desgracia eterna, debe poner el mayor conato para no engañarse en asunto tan capital, y cuyas consecuencias son tan gra-

ves. Que me diga, pues, cuál es el exámen que ha hecho de la religion cristiana; si para hacerle bien ha impuesto silencio á sus pasiones y apetitos; si ha hecho sus indagaciones de buena fe y con deseo sincero de reconocer la verdad.

Que me diga si ha leído con cuidado los escritos que prueban la certidumbre y divinidad de esta religion, y los que explican la economía de su moral y de sus misterios; si por muchos estudios precedentes y por un grande uso del racionio, se ha puesto en estado de pesar las pruebas, de sentir su conexion y la reciproca fuerza que se comunican; si por el contrario no ha confundido lo falso con lo obscuro, lo incomprendible con lo contradictorio; si en las dificultades ha tenido la balanza igual; si en las dudas ha consultado personas mas instruidas; si nunca ha precipitado su juicio; finalmente, si puede su conciencia darle testimonio de que en el estudio de la religion ha ocupado todo el tiempo, imparcialidad y aplicacion que exige un negocio de tan alta importancia.

Si lo ha hecho así, yo le aseguro que no será incrédulo: es imposible que Dios oculte la verdad á quien la busca con sincero deseo de encontrarla. La desgracia es que pocos quieren tomarse este trabajo, y quizá no ha existido un incrédulo que pueda establecer sobre estos fundamentos la seguridad de que ellos se jactan. Son

muy diferentes los principios que forman á los incrédulos de nuestros dias.

Unos no tienen mas conocimientos ni mas instrucción que aquellas noticias superficiales que recibieron en la infancia; apénas se les enseñaron los dogmas que se deben creer, sin explicarles jamas los motivos. Al primer movimiento de las pasiones se sintieron como reprimidos de la autoridad de la ley, y desearon sacudirla: los ejemplos y los discursos de los otros incrédulos los alentaron; pasaron de la fe á la vacilacion, de la vacilacion á la duda; empezaron por el deseo de ser incrédulos, y acabaron por la vanidad de parecerlo.

Otros, arrastrados por el torrente del mundo, y sin otro estudio que el de sus placeres, se forman una especie de erudicion de todas las dudas y objeciones que han aprendido, y que no eran capaces de formar; y siendo de un carácter mas temerario y arrojado que los hombres comunes, las proponen á cada paso con mayor osadía.

Hay hombres estimables sin duda por sus talentos, pero que solo se han ocupado en las ciencias profanas, que no han glorificado á Dios en su corazón, que no han buscado en sus estudios sino lo que podia lisonjear su orgullo ó satisfacer su curiosidad, y por lo mismo han sido abandonados de Dios. Los de esta clase, queriendo pasar por sabios, son unos verdaderos insensatos.

Hay otros que pretenden haber leído, haber examinado, esto es, que han recogido con miserable afan todos los hechos ridículos, todos los sofismas capciosos, todas las extravagantes paradojas que ha inventado una filosofía destructora para dar colorido á sus pretensiones absurdas; que han echado algunas ojeadas rápidas y curiosas sobre nuestros libros santos, no para instruirse, sino para criticarlos; no para edificarse, sino para endurecerse; y esto es lo que llaman sus estudios y meditaciones. En fin, hay diferentes especies de incrédulos; pero cuando se examinan de cerca, se ve que todos ellos no han meditado con la seriedad debida un asunto tan importante, y que todos sus errores tienen por origen las pasiones.

Y si estas pasiones no los cegaran, ¿cómo se atrevieran á sostener un sistema tan arriesgado con temeridad tan peligrosa? Porque, en fin, examinen cuanto quieran las dificultades incomprendibles de la religion, por lo ménos no pueden dejar de confesar que hasta ahora no se ha podido demostrar nada contra el divino origen de sus dogmas, que no se ha podido tildar nada á la sublime santidad de su moral, ni desmentir en un ápice la verdad de su sagrada historia.

Por el contrario, deben confesar la vida y la muerte de su Divino Fundador, la sabiduría y pureza de sus preceptos, la grandeza y sublimidad

de nuestras Escrituras, los testimonios de vista de tantos hombres apostólicos, la sangre de tantos mártires, el cumplimiento de tantas profecías, la sonora voz de los milagros, la tradicion de todos los siglos, la conversion del mundo entero, la perpetuidad de la fe, la imperturbable firmeza de la Iglesia su depositaria; y estas con las demas pruebas del cristianismo debieran á lo ménos ser de un grande contrapeso en la balanza de su razon.

Porque, señor, consideradlo con reflexion. A vista de tantos documentos, si queda la menor equidad en sus juicios, deben confesar que ya que no quieran ver tantas demostraciones, ¿por qué aun con la mas ligera apariencia de duda se determinan por el partido contrario y únicamente peligroso? ¿Que por pocos y rápidos placeres que degradan el alma, por la triste ventaja de vivir como las bestias, que no piensan mas que en contentar el cuerpo sin otros deseos ni esperanzas; por la vil satisfaccion de entregarse por poco tiempo en la tierra á sus vicios sin rubor ni remordimiento, aventura el hombre los destinos eternos que puede haber, los deja entre las manos del acaso, se expone á perder el bien supremo y á sufrir suplicios que nunca acaban! Pesadlo, señor, y decidme si no es esto el colmo de la ceguedad y de la pasion.

Pero, padre, le interrumpí, las pasiones y la corrupcion de las costumbres son y han sido de

todos los siglos, y los cristianos no han estado ni estan exentos. Apénas se extinguió el fuego de las persecuciones en la Iglesia primitiva, cuando la relajacion se introdujo, y los cristianos fueron tan desarreglados como los otros, sin ser por eso incrédulos. Es claro, pues, que la filosofia, que casi no existia entónces, no pudo ser la causa de aquella corrupcion: así solo lo fueron las pasiones, sin que ella tuviese parte alguna. Es verdad que las artes y las ciencias vinieron despues, y que de ellas nació la filosofia, que ha extendido tanto la incredulidad. Pero si de estos hechos puede resultar alguna consecuencia, no es otra sino que la incredulidad debe sus progresos á las luces y á la razon.

No entro, me respondió el padre, en la cuestion de si las costumbres públicas han sido siempre igualmente depravadas: basta para vuestra reflexion (y yo lo confieso) que hay y nunca han faltado cristianos inconsecuentes, cuya fe está en contradicción con su conducta; hombres que viven de una manera opuesta al Evangelio, profesando en público la religion que los condena. Pero porque las pasiones no conducen siempre á la incredulidad, porque hay viciosos que no son incrédulos, porque la religion no siempre preserva de los vicios, ¿podeis inferir que sea inútil, y que la filosofia no añada mucha corrupcion á la que el corazon tiene en sí mismo?

Yo saco consecuencias diferentes, y digo: Si el corazon humano es tan frágil, que á pesar de los estímulos de la religion, á pesar de sus promesas y amenazas, de sus terrores y remordimientos, y de cuantos motivos ella le presenta para contener el impulso con que lo arrastra su flaqueza, cae tantas veces, y corre desbocado al precipicio, ¿qué será cuando perdiendo todo temor y todo freno, no tenga nada que le reprima, y se entregue sin ningun embarazo á todo el ardor de sus pasiones?

Yo digo: Mientras los hombres no son mas que frágiles, no se abandonarán á todas las licencias y á todos los excesos: habrá algunos que no se atreverán á cometerlos; y si la violencia de las pasiones los arrebatá, pueden esperar que algun dia se calmen, y que entónces la religion les hable con su voz imperiosa y terrible, que oigan el incesante grito del remordimiento, y llegue al fin el instante de la correccion. ¿Pero qué se puede esperar de aquel á quien su razon engañada ha persuadido que todo terror es vano, y toda enmienda ridícula?

A estas tan naturales consecuencias añado otra no ménos legítima, y es que si para ser vicioso, á pesar de la religion que se profesa, basta ser frágil; para atreverse á luchar contra la misma religion, para pretender destruir lo que tantos siglos y tantos hombres grandes han respetado, para osar erigir en principios y reducir á sistema la corrup-

cion de una moral pura y la prevaricacion de las costumbres; en fin, para querer quitarse á sí mismo y quitar á los demas hombres todo estímulo de virtud, toda esperanza de arrepentimiento, es menester un grado de perversidad mucho mayor; una particular y muy infeliz disposicion de entendimiento, bien sea un carácter mas arrojado, ó una curiosidad mas temeraria, ó un gusto mas vivo de la independenciam, ó un ardor mas insensato de distinguirse por esta vanidad, ó un genio mas brutal en quien las pasiones dominan con absoluto imperio á la razon, ó en fin, todo esto junto.

Os confieso que cuando los hombres por la resurreccion de las artes y ciencias aumentaron sus conocimientos, tambien se aumentaron sus desórdenes; pero no fueron ellas la causa de este daño, sino los hombres mismos por el abuso que hicieron de ellas. Desde que empezaron á conocer las ventajas de la ilustracion, léjos de encaminarla al blanco de su utilidad verdadera, se extraviaron con ella á los objetos que les indicaba el amor propio. Su vanidad mudó de término, la reputacion de sabio pareció la mas lisonjera; las naciones que hasta allí no se habian disputado mas que la superioridad de las armas, lidiaron por la de los talentos, y los mismos que poco ántes habian puesto una especie de gloria en la ignorancia, la pusieron entónces en la ciencia. El hombre siempre se excede; rara vez se mantiene.

en el medio justo; y en aquella efervescencia general de los espíritus exageró todos los principios, sacó falsas consecuencias, y se cegó miserablemente con la misma luz que le debía alumbrar.

Por ejemplo, la sana física le advirtió que en la investigacion de la naturaleza debía desconfiarse de las opiniones recibidas, y dudar de todo para no engañarse en nada; que debía consultar, no el juicio de otros, sino las propiedades de las cosas mismas, y no admitir sino las que su razon podía percibir con claridad. Estos principios eran arreglados en el exámen de los objetos físicos ó naturales; pero el hombre atrevido quiso aplicarlos á la ciencia de las cosas divinas, haciendo de ellos un uso insensato; puso en la misma línea las opiniones de los filósofos antiguos sobre los objetos materiales y sobre los dogmas divinos de la revelacion, y quiso discurrir del ente incomprendible é infinito del mismo modo que discurría de los entes criados y visibles.

El mas despreciable metafísico se atrevió á decir á Dios: Por mas que te procures esconder, yo fijaré mis ojos sobre tí; yo someteré á la luz de mi razon tu esencia, tus atributos, tus designios, y negaré sin embarazo todo lo que no pueda comprender. Dicen que te has manifestado á los hombres, y que les has revelado cosas sublimes; pero yo no me ocuparé en examinar si las pruebas que

alegan de esta revelacion son ciertas ó no; si estan ó no probadas: esto es inútil; porque si no son conformes á mi razon, si no la satisfacen, no pueden ser verdaderas. Voy, pues, á consultarla, y ella sola me dirá lo que debo creer. Toda revelacion que se oponga ó sobrepase mi razon, es necesariamente falsa, y sin mas exámen no debo darla entrada. Por mas que me digan que los hechos que la establecen son indubitables y demostrados, no los creeré; diré que son mentiras, ó pondré en la clase de fenómenos naturales los que me presenten con el mas brillante carácter de prodigios y milagros; en fin, yo debo pasar por todo ántes que pensar que mi razon pueda engañarse.

Ve aquí lo que dicen en substancia todos estos sabios, que abandonando la tradicion y las pruebas del cristianismo, no toman otra guia que la de su débil y obscura razon; y ve aquí como las ciencias. . . . Aquí le interrumpí diciendo: No haceis, padre, honor á vuestra religion, pues atribuis los errores á las ciencias. ¿Quisiérais, pues, que hubieran durado los siglos de barbarie? ¿pensais que la ilustracion sea la que ha extendido la incredulidad? ¿la religion cristiana no puede conciliarse con la luz de la razon?

Estoy, señor, me respondió, muy distante de pensar así. Yo os he dicho que ni los progresos de las ciencias, ni los conocimientos que se adqui-

rieron con ellas fueron la causa de la incredulidad, sino el abuso que se hizo de estos dones de Dios, sacándolos de su esfera y dándoles una aplicación impropia. Lo que digo es que esta falsa filosofía, á pesar de sus ilusiones y sofismas, no hubiera podido jamas obscurecer los principios luminosos en que la fe se apoya, si las pasiones no la hubieran ayudado, corrompiendo ó abusando de la luz de las ciencias; y que léjos de que estas puedan contribuir á la ruina de la religion, basta dejarlas en sus justos límites, y aplicarlas al uso en que pueden ser útiles, para que ellas mismas disipen todas las nieblas del prestigio en que se encubren los errores.

Tended la vista sobre todos los anales de la religion, y veréis que jamas ha temido ni las luces de la razon ni la perfeccion de las ciencias. Si alguna vez derramó lágrimas doloridas, fué quando el mas astuto de sus perseguidores prohibió á los cristianos el estudio de las ciencias humanas, que les era necesario para acabar de abrir los ojos á los gentiles. Para conocer una religion tan elevada y sublime como la cristiana, para concebir el vasto y magestuoso sistema que la compone, y para combinar todas sus partes enlazadas con admirable simetría y proporcion, es menester mucha inteligencia; y si su luz ha podido pasar hasta nosotros al traves de tantos siglos de ignorancia y barbarie, se debe á los hombres grandes que

entónces se ocupaban de esclarecer y fortificar su verdad.

Habia entónces vicios y pasiones; pero estas no habian tomado la direccion á que despues las ha conducido la filosofía moderna. Nuestros mayores, á pesar de sus flaquezas, respetaban los dogmas: nuestro siglo ha mudado de estilo; el orgullo de los sabios de hoy desdeña una carrera en que reducido al mérito de creer, no puede tener la gloria de inventar.

No pude contenerme, y le dije: Padre, me parece duro y quizá poco caritativo mirar la incredulidad como un error necesariamente dependiente de la prevaricacion del corazon. No dudo que habrá muchos de esa especie, incrédulos de deseo mas que de persuasion; incrédulos seducidos mas bien por su corazon que por su entendimiento; pero ¿cómo podeis negar que haya tambien otros muchos que lo sean por reflexion y convencimiento íntimo?

Aun suponiendo que han caido en el error, ¿qué hombre no está sujeto á ilusiones y delirios? ¿por qué se ha de suponer malicia en lo que puede ser engaño? Yo puedo aseguraros que he conocido muchos que son hombres de bien, y no lo fueran si afectaran sin persuasion propia estas opiniones. Conozco muchos honrados, sinceros, llenos de excelentes prendas, y dotados de calidades morales respetables; ¿y cómo es posible que no las tu-